

—Azcala lo jura por la memoria de Ithalai.
 —Basta.... muy pronto nos veremos, y yo te cumpliré mi promesa.
 —¿Cuándo hemos de partir? dijo el indio á Sagredo.
 —Ahora mismo.

Los dos amigos se despidieron
 Sagredo y Azcala volvieron á Xaragua
 Diego Mendez aguardó con impaciencia un buque que le condujera á España.

Pasaron cuatro dias sin que vieran en el mar un solo punto blanco que le indicase la deseada vela.

Al fin una mañana vió hacia el Occidente una embarcacion que costeaba la isla.

Para acercarse á ella no necesitaba canoa.

Desde el buque podian oirle, y á sus voces dispuso el capitán que fuesen dos marineros en un bote á la orilla para verlo que deseaba.

Mendez subió á él y fué conducido á bordo.

Allí presentó al capitán la orden que le habia dado Sagredo.

El capitán le admitió á bordo y despues de un felicísimo viaje, llegó á España.

Pronto volveremos á encontrarle.

Sigamos ahora á Fiesco, y veamos cómo llegó á su presencia el anciano Sagredo, que no tenia más que un deseo: salvar al almirante.

CAPITULO LXXVI.

Donde Fiesco representaba su papel á las mil maravillas.

BARTOLOME Fiesco, con las dos canoas y los indios que las tripulaban, llegó á Santo Domingo. Con el objeto de que empezara á desempeñar bien el papel que se habia propuesto representar cerca de Ovando, y con el de que el almirante pudiera tener noticia de su feliz llegada á la capital de la colonia, mandó á los indios que se volviesen con las canoas á la costa de la Jamáica.

Al primer español que encontró le suplicó se sirviera guiarle al palacio del gobernador, anunciándole que traia urgentes despachos para él.

Su llegada despertó gran curiosidad.

Todos deseaban saber de dónde procedia, porque no tenian noticia de que hubiera llegado ningun buque; y como él se presentaba embarcado en canoas tripuladas por indios, presumieron que fuese algun náufrago, porque nadie podia imaginar que lo enviase el almirante.

Ovando, que procuraba, como hemos dicho ya, excusar sus torpezas, paliar su infame conducta con una apariencia de bondad, con una llaneza que mendiga popularidad, se apresuró á recibir al forastero que de aquella manera tan extraña llegaba á sus dominios.

Bartolomé no se desconcertó en presencia del gobernador.

—¿Qué deseais de mí? le preguntó éste.

— En primer lugar, lo que me dais, contestó Fiesco; para desempeñar cumplidamente la verdadera mision que me trae aquí, necesitaba un afectuoso recibimiento.

— Explicaos.

— Despues de las palabras que acabo de pronunciar, va á extrañaros mucho la mision oficial que he venido á desempeñar á Santo Domingo.

Y haciendo una breve pausa prosiguió:

— A vos, señor, me envía con este pliego el almirante don Cristóbal Colon.

Este nombre resonó en el corazon de Ovando como un remordimiento.

— ¿De parte de Colon venís á verme? dijo, no pudiendo ocultar su sorpresa.

— Este pliego que tengo el honor de presentaros, es una prueba de ello.

— ¿Luego vive? dijo el gobernador. ¿Luego los rumores que han circulado aquí son falsos?

— Vive, en efecto, contestó Fiesco; y acá para entre los dos, permitidme este desahogo; ¡más valiera que Dios hubiera dispuesto de él!

Ovando miró con extrañeza á Bartolomé.

— ¿Hablais de esa manera de vuestro jefe?

— ¡Hemos sufrido tanto por causa suya!.....

— ¿Y sin embargo le servís?

— Las apariencias engañan á veces.

— ¿Qué misterio encierran vuestras palabras?

— ¿Me permitís que os hable con sinceridad?

— No os lo permito, os lo mando.

— Pues bien; no formeis mala opinion de mí. La desesperacion es capaz de todo. Figuraos, señor, que despues de un viaje felicísimo, despues del descubrimiento de una de las is-

las más ricas que posee el Océano, al regresar á la madre patria cargados de tesoros, con la esperanza de honra y provecho, nos hemos visto obligados á permanecer muchos meses amarrados á la orilla de una isla, en donde solo por fuerza hemos podido conseguir que nos den alimentos.

Figuraos los dias, las horas, los momentos que habremos pasado allí, devorando nuestro inmenso pesar, viendo morir nuestras más queridas ilusiones, no teniendo más porvenir que una muerte lenta, una agonía horrible..... ¡Ah! Si comprendéis esto, disculpais la resolucion que he tomado al fingir al almirante que era capaz de arrostrarlo todo con tal de venir aquí para pedir os auxilio en su nombre.

— ¿Y no es este el objeto de vuestra venida? ¿No me anuncia este pliego que dé crédito á vuestras palabras, que considere como pintada por el mismo almirante la situacion en que se halla, y que segun os ha mandado debeis describirme?

— Así parece; Dios me ha dado algun ingenio más que á mis compañeros, y al ver que nada consiguió un emisario que envió el almirante, nos pareció que no teníamos esperanza alguna. «De morir aquí, me dije, á morir en el mar, prefiero aquella muerte desastrosa, y si no muero llegaré á Santo Domingo, y allí al ménos encontraré socorro. No seré rico, pero viviré.»

— ¿Luego habeis cometido una felonía?

— Censuradme, castigadme si quereis, todo lo merezco; pero prefiero los castigos que me impongais á la vida que he hecho durante tantos meses, que era lo mismo que respirar en una caldera. Aquí me teneis; la situacion del almirante y la de todos los que le acompañan es verdaderamente angustiosa. De tal manera los dejé, que es muy posible que á estas fechas no hayan podido resistir el hambre, la sed, la desesperacion, y hayan muerto, el almirante sobre todo. Sus enfer-

medades, sus disgustos, las murmuraciones de que es objeto las amenazas que á todas horas profieren contra él los que están á su lado, el odio que todos le profesan, han debido acabar con él.

—¡Ah! Si fuera eso cierto, dijo Ovando, no pudiendo contener la alegría; si fuera eso cierto, el mundo todo debería darse por satisfecho.

—¿Luego vos teneis la misma opinion que yo? dijo Fiesco jugando el todo por el todo. ¿Luego creéis que el almirante ha empeñado á España en una conquista sin fruto, que ha arrastrado á los españoles á una lucha sin gloria?

—Sí, eso creo.

—Un medio teneis, prosiguió Fiesco, despues de una breve pausa, en la que parecia reconcentrarse á obedecer á una idea; un medio eficazísimo de que no se sepa en España el descubrimiento que hemos hecho nosotros, y por lo tanto de que abandonemos para siempre estos países, en los que cada pedazo de oro cuesta la vida á una docena de españoles.

—¿Qué medio es ese?

—Desoir los ruegos de Colon, dejarle. Quince dias bastarán para que él se vea allí solo entre un monton de cadáveres.

—¿Y no decís, preguntó Ovando, que esa isla que habeis visitado con el almirante posee en sus entrañas inmensas riquezas?

—Lo que es eso, os lo puedo asegurar por mi fe de cristiano.

—¿Sabriais vos el derrotero que conduce á ella?

—¿No he de saberlo?..... Soy piloto.

—¿Teneis ambicion?

—Mucha.

—Supongo que al venir á estos países os ha guiado el deseo del lucro.

—¿Para que ocultároslo? Deseo ser rico.

—Y si os ofreciera los medios de serlo, ¿los aceptaríais?

—Segun y como.

—Os tengo en mi poder. Os habeis decubierto á mí demasiado pronto, y puedo, si quiero, castigaros como á un traidor.

—Haced de mí lo que queráis! dijo Fiesco con simulada humildad.

—Deseo perdonaros; pero este perdon es en cambio de un sacrificio que puede redundar en beneficio vuestro.

—Hablad con entera confianza; estoy en vuestro poder, y aunque no lo estuviera, despues de haberos visto daria cualquiera cosa por estar á vuestras órdenes.

—¿Decís que el almirante quedaba muy enfermo cuando os separasteis de él?

—Tan enfermo que casi estoy seguro de que á estas horas habrá muerto.

—En ese caso, ¿podria ser fácil que yo enviase una embarcacion adonde está para informarse de la situacion en que se hallan los náufragos, y que esta nave, bien los hallase vivos, ó bien muertos, siguiese hasta esa isla de que me habeis hablado, para que la visitase y tomase posesion de ella en nombre de los reyes un capitan representante mio?

—Yo me comprometo á guiar esa nave, dijo Fiesco.

—Si tal hicierais, podriais recuperar las esperanzas que habeis perdido; podriais obtener una buena parte del oro que la nave trajese si érais leal; ó pagar con la vida vuestra deslealtad.

—Os he dicho que soy ambicioso: disponed de mí; pero os prevengo que cualquiera que sea la determinacion que tomeis envieis cuanto ántes un buque para saber de cierto si mis sospechas se han realizado, si el almirante ha dejado de existir.

—Muy pronto saldrá una carabela, y vos ireis en ella.

Fiesco tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar la alegría que aquella resolucion infundia en su alma.

Y á fin de no malograr el éxito que habia alcanzado:

—Yo deseo que tengais completa confianza en mí, le dijo, y para ello estoy resuelto, si quereis, á quedarme en vuestro poder y á dar todas las instrucciones al piloto que designeis para que pueda emprender el viaje en seguida. Me basta que me asegureis algunos beneficios en esa expedicion.

—No, dijo Ovando, quiero que vos seais quien dirija la nave, porque de todos modos os tengo en mi poder.

—Gracias, dijo Fiesco, al mismo tiempo que hincaba una rodilla y besaba la mano de Ovando, con objeto de engañarle mejor.

—Levantaos, y marchad á descansar, dijo el gobernador de la colonia.

Ovando no podia vivir bajo la presion de la duda.

Deseaba vivamente que Colon sucumbiera.

Habia soñado en la gloria, en el lucro que podia adquirir presentándose como descubridor de aquella isla tan rica de que tanto se hablaba, y para salir de aquella incertidumbre penosa, para sofocar los remordimientos de su alma con los goces de la codicia, resolvió inmediatamente disponer una nave para que fuese á las costas de la Jamáica, las explorase, averiguase la situacion de los náufragos y volviese inmediatamente á darle cuenta del estado en que se hallaban, para obrar en consecuencia.

En breves dias estuvo una carabela en disposicion de darse al mar.

En todo este tiempo logró Bartolomé Fiesco captarse la confianza de Ovando.

Un incidente vino á destruir su obra.

CAPITULO LXXVII.

Donde el diablo tira de la manta.



UNA de las primeras cosas que hizo Ovando, fué llamar á Diego Escobar, capitan de uno de los buques recién llegados de la Península, que, como recordarán nuestros lectores, fué el que sirvió de intermedio á los rebeldes capitaneados por Roldan para reconciliarlos con Colon.

Era un hombre de carácter dócil. Los enemigos del almirante habian logrado llevarle á su partido, y tanto por esta circunstancia, como por ser uno de los marinos más diestros é inteligentes, creyó Ovando que nadie mejor que él podia desempeñar la delicada mision que necesitaba confiarle.

Tenia que comprar á un hombre más; pero ¿qué le importaba si conseguia á un tiempo dos señalados triunfos: la ruina, la muerte de Colon, y la usurpacion de su último descubrimiento?

Habló con él, y no tardaron en ponerse de acuerdo.

—¿Cuántos dias necesitais para daros á la vela con rumbo á las costas de la Jamáica.

—El tiempo necesario para abastecer de víveres el buque.

—Segun eso, ¿dentro de cuatro dias podeis partir?

—Estoy á vuestras órdenes.

—Os acompañará en calidad de piloto un jóven que ha servido á las órdenes de Colon, y que tiene más prisa de hacer fortuna que ningun otro.

—Ved que el que tengo es bueno.

—¿Qué importa? Necesitamos ese cómplice.

—Si lo creéis así, respeto vuestra voluntad.

—Yo os daré un pliego, y en las provisiones llevareis un pernil y una cuba de vino como regalo al almirante. Llegareis hasta su carabela, y si aún vive, haceis poner en sus manos el pliego y el regalo, y acto continuo regresais á darme noticia de cuanto veais. Pero si, como es de creer, ha muerto, y le han sobrevivido algunos de los naufragos, dadles pasaje á bordo y regresad con ellos.

Nuestros lectores saben ya que Escobar cumplió estrictamente las instrucciones que le habia dado Ovando.

Pero preguntarán: ¿cómo Bartolomé Fiesco no fué á bordo de la carabela, y si fué cómo no se presentó al almirante? ¿Cómo desempeñando las funciones de piloto no acercó el buque hasta las dos embarcaciones donde estaban los españoles? Y una vez allí, ¿cómo no les dió la voz de alarma y favoreció un movimiento que hubiera dado por resultado para los naufragos apoderarse de aquella carabela?

Esto es precisamente lo que vamos á explicar.

Bartolomé Fiesco continuó disfrutando la confianza del gobernador de Santo Domingo hasta el dia mismo en que debia salir del puerto el buque que mandaba Escobar.

La noche anterior cenaron juntos, en compañía de Ovando, Escobar, Fiesco, y algunos otros de los que debian ir á la costa de la Jamáica.

Estando en la cena anunciaron al gobernador que uno de los colonos de la Vega Real, el que desempeñaba las funciones de alcalde en el territorio de Guarionex, deseaba ver al gobernador.

Ovando mandó á decir con uno de sus pajes que esperase.

Cuando éste volvió, le dijo que el recién llegado deseaba verle con urgencia.

—Vengo á participaros, le dijo, que esta mañana han llegado unos cuantos indios al territorio de mi jurisdiccion; habiéndolos conducido á mi presencia y no habiéndolos reconocido, les pregunté de dónde eran, y me respondieron que habian llegado de la Jamáica con un español á quien el almirante don Cristóbal Colon habia enviado á Santo Domingo.

—Si no teneis que decirme más que eso, exclamó Ovando, vuestro viaje ha sido inútil. Ese emisario está aquí sentado á mi mesa, y ya se cuál es el objeto de su visita.

—Pero lo que quizás no sabeis, y yo he venido á comunicároslo, es que si ese hombre se llama, como me han dicho los indios, Bartolomé Fiesco, es una de las personas más adictas á Colon.

—Ellos os han engañado.

—Los indios, al exigirles yo que me dijeran todo la verdad, amenazándoles si me engañaban con la muerte, me han confesado que no ha venido solo. Que al mismo tiempo que él ha llegado á la costa de la Española otro de los más fieles servidores de Colon, á quien conocereis sin duda, porque estuvo no há mucho á veros con otro mensaje de su jefe.

—¿Sabeis su nombre?

—Sí; los indios me han dicho que se llama Diego Mendez.

—¿Diego Mendez ha estado aquí?

—Y está: ¿no os lo ha dicho así Fiesco?

—Me lo ha ocultado.

—En ese caso ya podeis figuraros hasta qué punto debeis fiaros de él.

Las palabras del colono fueron un rayo de luz para Ovando.

Fiesco no le habia dicho nada de Mendez, y aun habia más: le habia ocultado su llegada.

Aquellos indicios eran muy suficientes para sospechar que su cómplice le habia tendido un lazo.

Despidió al alcalde, dándole gracias por su celo, y ántes de reunirse con sus convidados dispuso que salieran algunos soldados á recorrer la corte para buscar á Diego Mendez.

Acto continuo entró en el comedor, y ocultando sus sospechas, continuó decidor, expansivo, y sobre todo afectuoso con Fiesco.

La cena duró bastante, y á media noche se retiró á su habitacion, llevándose à Escobar.

Poco despues se presentó en el comedor un oficial.

—¿Don Bartolomé Fiesco? dijo.

—Yo soy, contestó el jóven.

—Tened la bondad de seguirme de órden del gobernador.

—Con mucho gusto, añadió Fiesco, sin sospechar lo que iba á sucederle.

Apénas salió de la habitacion, vió que le seguian cuatro soldados.

—¿A dónde me llevais? preguntó.

—Tengo encargo de prenderos.

—¿A mí?

—A vos, sí.

—¿Por qué razon?

—Lo ignoro.

—Llevadme á la presencia del gobernador.

—Me es de todo punto imposible.

—Os lo suplico; os lo exijo.

—Es inútil; tengo órden de encerrarnos en uno de los calabozos del palacio é incomunicaros.

Fiesco no podia explicarse aquel cambio tan repentino.

Al dia siguiente partió la carabela: él, desde su prision, oyó el cañonazo de leva, y aguardó con ánsia que le juzgaran para saber cuál era la causa que habia variado tan de razi la actitud bondadosa del gobernador.

Sus esperanzas fueron inútiles.

Trascurrieron algunos dias, y en ellos solo vió á un carcelero que entró en su habitacion á llevarle agua y pan de cazabe.

Aunque Fiesco le habló, aunque trató de comprarle para que le dijera la verdad, aunque le hizo los mayores ofrecimientos para que le dijese cuál era la causa de su detencion, el carcelero no desplegó sus labios.

Tenia órden de no proferir una sola palabra y la cumplió al pié de la letra.

Al fin una noche oyó pasos en medio del silencio.

Poco despues se descorrió el cerrojo de la puerta que le aprisionaba, y se presentó un hombre con el carcelero.

—Seguidme, dijo á Bartolomé.

Y le condujo á una de las habitaciones bajas del mismo palacio.

Los dos quedaron solos un momento despues.

Cuando el desconocido se cercioró de que nadie podia oírles:

—Tengo que hablaros, le dijo, por órden de dos personas, cuyos nombres producirán muy distinta impresion en vos. Pero yo os explicaré el enigma. Os he traído à esta habitacion para hablaros en nombre de don Nicolás de Ovando y de don Diego Mendez.

Bartolomé Fiesco no pudo contener su asombro.

Nuestros lectores habrán comprendido ya que el desconocido era Sagredo.

CAPITULO LXXVIII.

Un plan raro.



UANDO Fiesco logró reponerse de su asombro, fijó una penetrante mirada en Sagredo.

La expresión de bondad que descubrió en su rostro, le tranquilizó algo.

—¿Podeis explicarme, caballero, le dijo, el enigma que encierran vuestras palabras?

—Nada más fácil.

—¿Cómo me sacais de mi prision en nombre del gobernador de Santo Domingo, y me inspirais confianza en nombre de Diego Mendez?

—Todo puede explicar el deber y el deseo que tengo de salvar al almirante.

—¿Vos?

—Sí, pero no alzad tanto la voz; pudieran oirnos, y conviene que solo los dos escuchemos nuestra conversacion.

La ingenuidad con que hablaba Sagredo pareció tan extraordinaria á Bartolomé, que empezó á creer que aquello era un lazo que queria tenderle Ovando.

—¿Veo que dudais de mí? dijo el anciano.

—¿Para qué ocultároslo? Es cierto.

—¿No os basta que os asegure que he visto á Mendez?

—Han podido muy bien prenderle como á mí; los indios que nos acompañaron han podido decir que llegamos juntos á Santo Domingo.... ¿Quién sabe?

—Oidme y juzgad. ¿Creeis á Diego Mendez capaz de haber revelado á un enemigo, aunque le hubiese impuesto el más atroz martirio, la mision que le ha confiado el almirante?

—No.

—Y si yo os dijese que me la ha revelado, ¿creeriais en mi fidelidad al almirante?

—Sí.

—Pues bien: Diego Mendez es portador de una carta para los reyes.

—¿Y quién me dice que no os habeis apoderado de él, que no le habeis arrebatado ese documento?

—Veo que sois desconfiado, y no intentaré convenceros con palabras. Vamos á los hechos.

Sagredo abrió una de las ventanas del cuarto en que se hallaban.

A muy corta distancia empezaba el mar, sobre el que una hermosa luna derramaba sus argentinos rayos.

—¿Veis en el puerto á un buque? dijo Fiesco

—Sí, es una carabela.

—Está preparada para partir mañana.

—¿Y qué quereis decirme?

—Quiero deciros que en esa carabela voy á salir mañana con direccion á España. Tengo orden de llevaros á bordo, y he ofrecido al estar en alta mar, daros un tósigo y arrojaros al abismo.

Fiesco miró con asombro á su interlocutor.

Despues de una breve pausa:

—¿Qué pensais de todo esto? le dijo Sagredo.

—Pienso que vuestra crueldad iguala á vuestra imprudencia.

—Tranquilizaos, vos mismo habeis desempeñado aquí el papel de traidor. ¿Quereis el monopolio del engaño?

—Explicaos por Dios.

—La carabela saldrá mañana al mando mio, y vos vendreis á bordo. ¿No podremos muy bien embriagar al piloto, reemplazarle vos en el timon, virar hácia la costa de la Jamáica, tomar á bordo á Colon y á sus compañeros, conducirlos á España y allí pedir justicia á los reyes? ¿Qué os parece mi plan? Hablad con franqueza.

—Cualquiera que sea la intencion que os guía, estoy resuelto á seguiros.

—Para ello es necesario que en la entrevista que vais á tener con Ovando finjais deseos de seguirme.

—Así lo haré.

—Os permito dudar de mí hasta que os encargue del timon de mi buque; solo os advertiré una cosa. Si dais á sospechar lo que hemos hablado, nuestra perdición es segura, y nuestra perdición es la del almirante, es la de todos los que están con él.

Terminada aquella extraña escena, cerró Sagredo la ventana.

—Voy á decir al gobernador, añadió, que estais dispuesto á seguirme.

—Id en buena hora.

Salió Sagredo, cerró con llave la puerta de la habitacion, y poco despues volvió á buscarle.

—Ovando os espera, le dijo; venid conmigo.

Le guió hasta la habitacion en donde esperaba el gobernador.

—Un error, dijo Ovando, me ha impulsado á aparecer á vuestros ojos como un enemigo. Pero estoy convencido de vuestra sinceridad, y para daros una satisfaccion, he dispuesto enviaros á España. El obispo Fonseca os recibirá á vuestra llegada, y le informareis sobre todo lo que os pregunté acerca

del último descubrimiento de Colon; y como el infeliz almirante ha sucumbido, es muy posible que os dé un cargo importante en la expedicion que enviarán los reyes para recoger la herencia del almirante.

—¿Decís que ha sucumbido el almirante? preguntó Fiesco caminando de asombro en asombro.

Tales son las noticias que me ha traído el capitán de la carabela que fué por orden mia á averiguar el estado de los naufragos.

Fiesco no dirigió ninguna nueva interrogacion á Ovando.

—Estoy á vuestra disposicion, le dijo, mandad lo que gustéis, y obedeceré.

El gobernador llamó á Sagredo y le presentó á Fiesco.

—Os confio á este jóven, le dijo, mañana saldrá con vos á bordo de la *Santa Eulalia*, y espero que le guardareis las mayores atenciones.

Despues se despidió de los dos con apariencia de la más afectuosa cordialidad.

Fiesco y Sagredo se retiraron.

Al dia siguiente los condujo un bote á bordo de la carabela.

Apénas perdieron de vista la tierra, llamó Sagredo al piloto.

—Mientras hablamos, le dijo, Fiesco dirigirá el *governalle*.

Una hora despues se acercó al improvisado timonel.

—Ya es nuestro, le dijo: afortunadamente podemos dominar á los marinos. Virad hácia la costa de la Jamáica.

—¿No es esto un sueño? preguntó Fiesco.

—¿Creeis ahora en mí?

—Sí, de todo corazón.

—El almirante acabará de convenceros.

La nave varió de rumbo.

Fiesco iba muy contento.

Sagredo habló á los hombres de la tripulacion, y no tardó en captarse su voluntad.

Empezó á anochecer, y casi instantáneamente estalló una tormenta.

Despues de correr un temporal desecho de dos dias, la carabela, desarbolada, llegó á una costa.

Era de caribes, y todos acudieron á la playa en actitud amenaadora.

Pronto sabremos el destino que la Providencia reservaba á aquellos dos leales amigos de Colon.

Atemos ahora alguno de los cabos que hemos dejado sueltos.

CAPITULO LXXIX.

Cabos sueltos.



IENTRAS todos los sucesos que hemos referido tenían lugar en la costa de la Jamáica y en la colonia de Santo Domingo, habian sucedido á algunos de los personajes más íntimamente ligados con Colon cosas que merecen contarse.

Villejo, renunciando á la brillante posicion que la proteccion de los reyes le brindaba se consagró por completo á cuidar á la pobre madre de Isabel, á la infeliz ciega, que no cesaba un instante en pensar en su desventurada hija y de verter copiosas lágrimas al recordar la horrible muerte que habian tenido todas sus ilusiones.

Diego, por su parte, uniendo á sus antiguas penas las que despertaban en su alma la triste situacion de su familia, y la sorda guerra que hacian á su padre poderosas influencias, vivia más reconcentrado, más taciturno que nunca y todo hacia creer que una de esas enfermedades del espíritu se habia apoderado por completo de él, y no tardaria en llevarle al sepulcro.

Isabel no era ménos desgraciada.

La hemos dejado en poder del hombre infame que, no habiendo podido perder á la madre, intentaba seducir á la hija, y por la conversacion que hemos oido de Mendez y Sagredo, hemos podido ver que despues de una entrevista vio-